

CAPITULO VII.

Despues del concierto.

Clotilde y Leopoldo pasaron en el concierto las horas mas felices de la vida.

Hablaron de sus penas, de sus esperanzas; renovaron sus juramentos de amor, y se prometieron eterna fidelidad.

Tambien la hermosa Inés encontró un bálsamo consolador á sus penas, hablando de Ricardo con Leopoldo; de su esperanza en encontrarle; del amor tierno, constante y profundo que revelaba consagrarla en el euaderno; en aquel euaderno que le arrebataron de las manos una noche, y que desapareció mas tarde del estudio de Leopoldo.

Poco antes de que terminase la tertulia, el jóven pintor, para evitar que le viese D. Emilio Landeta, se despidió, sabiendo que éste debia llegar de un momento á otro por Inés y Clotilde, y se retiró á su casa, llevando en su corazon el consuelo que siente el hombre que ama con todas sus potencias al saber que es amado de la misma manera.

Inés y Clotilde bendijeron interiormente la resolucion de haber asistido al concierto, y se entregaron á los mas risueños pensamientos para el porvenir.

Varias piezas se siguieron tocando por distintas señoritas y caballeros.

Soledad habia cantado durante el concierto dos árias mas, una de *Somnábula* y otra de *La Cantante*, arrancando en ellas estrepitosos aplausos.

Sin embargo, estos triunfos estaban muy lejos de llenar el vacío de su corazon, ni de mitigar el dolor que le causó la creencia de que Nuñez, el hombre á quien habia tenido por el mas leal y sincero de la tierra, le olvidaba por otra mujer á quien amaba ciegame.

No queriendo dar crédito á lo que ella misma habia oido, y aprovechando un instante en que Félix se sentó á su lado en uno de los intervalos en que se servian los refrescos, se informó de la conversacion que habian tenido, no quedándole ya duda del cambio que se habia operado en el corazon de su amante.

El convencimiento de la ingratitud con que eran recompensadas sus lágrimas y su fidelidad, desvaneció el átomo de consoladora esperanza que alumbraba su porvenir, como se desvanece el débil rayo de una solitaria estrella que brilla en medio del negro cielo cuando extiende su manto de espesas nubes la terrífica tempestad.

Las tiernas atenciones, las galanterías de los jóvenes, los aplausos de la concurrencia, fueron desde entonces para su corazon flores sin aroma y sin color, pues solo tienen perfumes para una alma enamorada, y perfumes celestiales, las dulces palabras que salen de los preciosos labios del sér que se idolatra.

Al terminar el concierto, Soledad se re-

tiró á su casa con el pecho prensado de pena y de dolor.

El señor Flan que le habia escuchado toda la noche enagenado de placer, le dirigió las mas lisonjeras palabras de admiracion durante el tiempo que el coche tardó en llegar á donde vivian.

Soledad recibió las palabras de su generoso protector con la amabilidad que en ella era genial, pero sin que halagasen su alma.

Félix marchaba en el mayor silencio.

Habia llegado á saber, porque Soledad se lo habia dicho, quién era el jóven con quien habia estado hablando sin conoerle, y á la vez que reconocia la justicia que abrigaba para amarle, y lamentaba su ingratitud, porque con ella desgarraba el corazon de la mas pura de las mujeres, sentia cierta pena mezclada de tristeza por la preferencia que alcanzaba en el alma de la hechicera jóven.

Félix queria persuadirse de que este sentimiento no reconocia por causa los zelos,

y mucho menos la envidia del amor propio herido.

Examinaba su corazón: en él encontraba el noble deseo de que Nuñez labrase la felicidad de la hermosa Soledad, á quien veía padecer; y sin embargo, no quedaba tranquilo, porque en medio de aquel buen deseo encontraba algo que le reprendía, esa voz secreta que acompaña á todos los actos de la vida del hombre.

Félix estaba educado en la escuela de los rectos principios, y sabía muy bien que cuando la conciencia queda intranquila, el pensamiento ó las obras están en pugna con el deber.

Esta doctrina, que para él era un axioma divino de infalible origen, le obligó á meditar sobre lo poco satisfecho que de sí misma quedaba el alma, y encontró que, aquel sentimiento que le causaba la preferencia dada por Soledad á Nuñez, no era otra cosa que un gérmen de bastardos celos.

El convencimiento de esta verdad le puso triste.

Conoció que su cariño hacía la hechicera

jóven tenía algo de egoista cuando él lo creyó desinteresado y sincero.

A robustecer esta idea vino la inquietud que en aquella misma noche había despertado en su pecho algunas palabras que le dirigió el señor Flan, con respecto al mérito y virtudes de la que pasaba por su prima.

En ellas creyó traslucir que su principal consagraba á Soledad un amor profundo, y esta creencia le causó una violenta inquietud.

Félix procuró desterrar de su alma todo sentimiento de envidia y de egoismo; y dominado al fin por sus buenos instintos, consiguió tranquilizar su alma.

El coche entre tanto había llegado á la casa en que vivían.

Flan descendió de él, y al dar la mano para que bajase la simpática Soledad, le volvió á dirigir nuevas palabras de fina galantería.

La jóven, al llegar frente á su habitación, se despidió de Félix y de su protector, y penetró á su alcoba, deseosa de arrojar en suspiros y lágrimas la pena que había

contenido encerrada toda la noche dentro de su pecho.

—¡Qué no me conoce....! ¡qué ama á otra...!—Dijo dejándose caer afligida sobre una silla en cuanto se vió sola en su cuarto.—¡Ah! ¡qué le he hecho yo, Dios mio, para que me desprecie.... para que me olvide.... para que así me haga padecer....! ¡No le he amado siempre con todo mi corazón...! ¡no ha sido él siempre mi pensamiento y mi vida...! ¡No he dejado hasta mi nombre para sustraerme á las pesquisas de mis raptos, y vivir oculta para él.... para él solo que me abandona...! ¡para él solo que finge desconocerme...! ¡para él que me desprecia...! ¡Despreciarme...! ¡Dios mio, Dios mio...! ¡Esto es horrible...! ¡Pero yo le perdono lo injusto que es conmigo...! ¡Sí... yo le perdono todo lo que me hace padecer...! ¡todo lo que me hace sufrir... todo lo que me hace llorar...! ¡Se puede acaso dejar de perdonar á quien se ama...!

Y los suspiros embargaron la voz de la infeliz; levantó sus azules y grandes ojos al cielo demandando compasion, y las lágrimas

mas corrian en abundancia por su apacible, melancólico y angélico semblante.

Pero entre tanto que ella sufre y padece sin descanso; en tanto que desahoga el dolor que le oprime en amoroso llanto, ocupémonos de uno de los personajes que vimos concurrir al concierto y que desapareció de él antes de que se anunciara ninguna pieza.

Este personaje era Willey.

Habia prometido no remitir á la suerte de las armas la satisfaccion de la ofensa que le infirió Nuñez; y sin embargo, poco escrupuloso para creerse obligado á cumplir su palabra, salió sin ser visto del dueño de la casa, sediento de la sangre del que habia osado desmentirle públicamente.

A Willey le sobraba valor para batirse cuerpo á cuerpo; pero se pagaba muy poco de la palabra honor que prescribe la manera hidalga y noble de luchar con el contrario; así es que para él todos los medios eran buenos si conducian al fin que se proponia; y en consecuencia, nunca recurria á las reglas establecidas por los hombres pa-

ra el duelo, sino despues de haber tentado todas las del dolo y la traicion.

Consecuente con este principio, su pensamiento fué deshacerse de su contrario de la manera mas segura y menos peligrosa para él.

Deseaba la muerte de Nuñez y habia resuelto que fuese en aquella misma noche, no solo por la humillacion que le obligó á pasar delante de una numerosa concurrencia, sino porque tenia informes de que á él se debia que Leopoldo no hubiese perecido la noche de la cita en el jardin y la herida recibida por Duval; circunstancia que trastornó el plan combinado, y que les detuvo en el país cuando debian hallarse ya en salvo en Europa, disfrutando tranquilamente de sus inmensas riquezas.

Conoció, pues, que Nuñez seria en lo sucesivo un obstáculo para la realizacion de los planes de Duval, y que era preciso destruirlo á todo trance.

Ademas, preciso es decirlo, el doctor odiaba á Nuñez porque en todas partes escuchaba los elogios que hacian de su mérito,

to, y la envidia le constituia siempre en enemigo de todo aquel que alcanzaba el aprecio de la sociedad que él frecuentaba.

Sí, el doctor odiaba á Nuñez; y le hubiera odiado doblemente á saber que habia sido el prometido esposo de Adela; porque aquel hombre odiaba á todos los que eran amados de las hermosas que á él le aborrecian.

Ya hemos dicho antes, que Soledad habia sido robada, lo mismo que Luz, la noche víspera de su casamiento.

Falta, pues, decir únicamente, que sus raptores fueron enviados por Willey.

La manera de haberse salvado Adela del poder de su enemigo y de hallarse en casa de Félix bajo el nombre de Soledad, lo sabrá el lector á su debido tiempo.

Bástenos saber por ahora que el doctor anhelaba deshacerse de Nuñez, y que decretó interiormente su muerte al salir del concierto.

Para llevar á buen término su idea, se acordó de los que le habian ayudado al rap-

to de la desgraciada Luz; pero pronto tuvo que desistir de ella.

Reflexionó que si les habia encontrado dispuestos para una intriga amorosa, no les hallaria para un asesinato, que podia comprometerles.

Ademas, tenia demasiado orgullo; y pedirles ayuda para asaltar á un hombre solo, hubiera sido darles lugar á que le tuviesen por cobarde.

—No;—dijo despues de meditar detenidamente:—el único testigo en los lances de muerte, es la soledad de la noche. El mejor amigo puede convertirse en delator. Por fortuna vengo bien armado, y él no debe estar prevenido. ¿Qué tengo que temer? Nadie transita por la calle.... los serenos se hallan á gran distancia, y ademas duermen como la poblacion entera.... Despertarán á la detonacion de un tiro; pero cuando acudan al sitio de la escena, solo encontrarán un cadáver, pues yo habré ya desaparecido.

Halagado con este sangriento pensamiento, se puso á pasear en las cadenas del cos-

tado de Catedral, enfrente de la casa en que tenia lugar el concierto, y sin perder de vista la puerta que daba á la calle, en espera de que la abriesen.

La noche estaba tan apacible, como borascoso su corazon.

Las estrellas cintilaban como límpidos brillantes montados en el éter, bordando la espléndida alfombra del Eterno.

La atmósfera parecia cubierta de un polvillo de oro, que formaba bellísima armonía con la plateada luz que bañaba el azulado cielo.

La blanca luna resbalaba suavemente sus tibios rayos por entre los verdes árboles que embellecen el agradable paseo de las Cadenas, meciendo el aura sus frescas y sonantes hojas con agradable murmullo.

Todo respiraba calma y dulzura en aquel recinto.

La naturaleza reposaba tranquila, y el mundo se deslizaba rodando silencioso en los brillantes ejes de la Suprema voluntad, con la suave dulzura de un blanco cisne

sobre las dormidas aguas de un apacible lago.

Todo era silencio y armonía.

Ni una alma transitaba por aquel solitario sitio.

Parecía que el mundo acababa de salir dulce y tranquilo del divino pensamiento del Criador.

Nada se presentaba á la vista que desarmonzase el bello conjunto que presentaba la creacion.

Solo Willey, con sus iniecuos pensamientos, con su desapacible rostro, donde se veian impresos los rencores y los odios de su perverso corazon, contrastaba con el celestial reposo que envolvia la misteriosa noche.

Era el génio del mal en medio del Paraiso.

Cansado de esperar, paseándose de un lado á otro, se dirigió hácia uno de los bancos de piedra que adornan aquel sitio, y se sentó debajo de un copudo árbol, enfrente del edificio.

Pocos minutos permaneci6 de aquella

manera: su impaciencia no le permitia guardar mucho tiempo una misma postura.

A los pocos instantes volvió á levantarse y á dar nuevos paseos, deteniéndose á cada paso, para ver si álguien salia de la casa del concierto.

Willey hizo un gesto de impaciencia, y exclam6 interiormente:

—¡Cuánto tarda....!

Y esper6 otro instante en el mismo lugar.

En seguida, creyendo que la hora crítica estaba próxima, cruz6 la espaciosa calle, dirijiéndose al callejon de Mecateros, que está enfrente.

El sitio no podia ser mas favorable á su intento.

La casa en que se celebraba el concierto se hallaba muy cerca del estrecho callejon que acabamos de nombrar, por cuya boca era preciso que pasase Nuñez para llegar á la calle de Tacuba donde vivia.

Oculto, pues, en la esquina de Mecateros, que divide la calle del Empedradillo, y asomando con frecuencia y precaucion la

cabeza, esperó con el afán con que el ladrón espera á su víctima.

De repente le pareció oír el ruido de una cadena que quitaban por dentro de una puerta: aplicó el oído, y á poco oyó distintamente abrirse la misma puerta, y la voz de un hombre.

El doctor miró con cuidado, y reconoció á su antagonista.

—¡Llegó el momento de mi venganza!— dijo para sí, acarició con la mano derecha un agudo puñal que sacó del pecho, en tanto que preparaba con la izquierda una pistola giratoria.—Si no basta el acero, el plomo pondrá fin á la obra.

Al concluir estas palabras asomó la cabeza por la esquina, y vió que Nuñez hablaba con Leopoldo, á quien no conoció.

Esta tardanza le impacientó sobre manera.

—Aguardemos.

Dijo entre dientes, y esperó.

Pasado un instante volvió á asomar la cabeza, y vió que Nuñez se despedía de su interlocutor.

—¡Bueno! ¡ya viene!

Exclamó interiormente, y aguardó, contentiendo la respiración y pegado á la pared, á que su descuidado enemigo pasara.

Los pasos de Nuñez se oían ya muy cerca.

Willey dejó asomar á su rostro la sonrisa de los réprobos, preparó el puñal, y dispuso la pistola.

Las pisadas de Nuñez se dejaron escuchar muy inmediatas.

De repente se dibujó su sombra en la esquina en que estaba oculto Willey.

Esta fué la señal de aviso para el doctor que levantó el brazo armado del puñal.

Nuñez habia dado dos pasos sin ver á su contrario, que se arrojó de repente sobre él, sin darle tiempo á que le viese.

El puñal brilló en el aire bañado por la luna, y un grito y la detonación de una pistola se escucharon en seguida.